



## PAISAJES URBANOS

# El Convento de las Monjas Claras

Un arco barroco de ladrillo visto, presidido por un pétreo escudo heráldico, en la secular calle Mesones de Cieza, da acceso al atrio que nos comunica con el antiguo y sencillo Monasterio de la Inmaculada Concepción, conocido popularmente como “Convento de las Claras”, por ser esta orden monástica franciscana de clausura la que lo habita desde su fundación.

Del convento de las Claras contamos con una amplia bibliografía pues tanto el P. Salmerón como D. Ramón M.<sup>a</sup> Capdevila en sus respectivas historias, nos dan cumplida cuenta de su existencia, además de disponer de un importante estudio monográfico sobre el mismo realizado por M. de la Rosa a lo que se ha sumado las recientes investigaciones de A. Marín Cano.

Todo este bagaje nos da pie para hacer un pequeño resumen de este pequeño cenobio: “casa de oración, teatro de penitencia y seminario de virtud y santidad”, según palabras del P. Salmerón.

Es una construcción del siglo XVIII, cuya primera piedra se puso el 18 de septiembre de 1743, consagrándose el 13 de junio de 1750.

Su fundación se debió al tesón y empeño de un personaje, D. Matías Marín-Blázquez y Melgares (1705-1760), miembro de una familia que en aquella época constituía el mayor poder económico y señorial de Cieza. El interés de D. Matías (que se ordenaría sacerdote), el poder de la familia y la ayuda de su hermano D. Lorenzo, mayorazgo de la casa, hicieron posible que este convento se hiciera realidad.

Tuvo, como es habitual en este tipo de fundaciones, un componente “sobrenatural”, con las consabidas apariciones y revelaciones místicas. Sus orígenes se remontan a principios del siglo XVIII, cuando una niña, Juana de Garay empieza a experimentar visiones místicas relacionadas con la fundación de un convento de monjas en Cieza. Esta niña que con el paso del tiempo fue beata del hábito público de San Francisco, en 1734 reveló a D. Matías las visiones por las cuales estaba llamado por Dios para la fundación de un convento en Cieza. Ya anciana, en 1751 profesó en el convento de sus visiones con el nombre de Madre Juana María de San Pedro de Alcántara.

Con el acicate de estas visiones y el importante patrimonio heredado tras la muerte de su padre, D. Matías “removió cielo y tierra” para conseguir esta fundación, pues aquella época, en la que iban surgiendo nuevas ideas que culminarían con la Ilustración, no era muy propicia a la fundación de nuevos monasterios, de hecho, este convento es de las últimas fundaciones monacales que tiene lugar en el Reino de Murcia.



Tras largos años de gestiones, por fin se consigue la Real Provisión de Fernando VI aprobando la apertura del monasterio de Cieza con fecha de 23 de febrero de 1750, iniciando su andadura, como se ha dicho, el 13 de junio de ese año con la presencia de cinco monjas provenientes del Monasterio de la Encarnación de Mula, una de las cuales, y curiosamente, primera abadesa, sería Sor Ana del Nacimiento Marín-Blázquez y Melgares, hermana de los fundadores. Como se ve, fue una fundación eminentemente familiar, lo que justifica la proliferación de escudos de



esta familia que lucen en toda su obra. En ellos aparecen cuartelados las armas de Marín-Blázquez, Padilla, Melgares y Moya, esta última en deferencia a D<sup>a</sup>. Elvira de Moya, esposa de D. Lorenzo, en reconocimiento a la entusiasta colaboración que prestó a la fundación del convento, según M. de la Rosa.

Estructuralmente el convento está constituido por dos construcciones, el convento en si, lugar de residencia y retiro de las monjas y la iglesia o capilla aneja. Ambas edificaciones se abren a un patio exterior o atrio, donde también se encuentra una edificación exenta que hacía la función de hospicio para los frailes que acudían periódicamente a la asistencia espiritual de las monjas y donde se habitó una vivienda para la familia encargada del servicio del mismo. Este atrio comunica con la calle Mesones mediante el arco mencionado al principio, de la cual se aísla por una puerta de elegante forja.

La iglesia, a la que se accede desde el referido atrio por una puerta que ostenta el escudo de la familia Marín-Blázquez y una hornacina con una imagen de cerámica de la Inmaculada Concepción, contaba con una elegante escalinata de piedra que subsanaba el desnivel de la misma con el patio y que se ha visto sustituida por una rampa, seguramente para facilitar el paso de imágenes procesionales, realizada con un gusto, por lo menos, discutible. La iglesia es una obra de una sola nave, sin crucero, con sencillas capillas, está realizada de mampostería y reboco con algunas aplicaciones de sillería en las partes de mayor resistencia como esquinas, pilastras, jambas, posee dos coros, alto y bajo, punto de comunicación del convento con la iglesia que se encuentra coronada por un sencillo campanario de ladrillo visto con cuatro ventanas cubiertas de fuertes y espesas celosías.

La entrada al recinto conventual también se realiza por el atrio, a través de la portería, donde se encuentra el torno, punto de contacto del mundo exterior con la clausura monacal, portería bellamente decorada con unos mosaicos de cerámica datadas entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, que representan a San Francisco, Santa Clara, el emblema de la orden franciscana, una imagen del Cristo de la Misericordia y el escudo heráldico de los Marín-Blázquez.

El edificio conventual lo centra el claustro, sencillo y austero. En torno a él se desarrolla toda la vida y dependencias monásticas: portería, celdas, cuarto de labor, biblioteca, cocina y refectorio con capacidad para cincuenta religiosas, en torno al claustro alto: cuarto de oficios, sala de plancha y noviciado.

Posee también un patio interior ajardinado, que comunica mediante una arcada con un pequeño huerto en el que todavía se cultivan árboles frutales, hortalizas y flores. Este huerto lo delimita de su vecina calle de los Reyes Católicos una serie de dependencias que en su momento se utilizaron como almacenes de asiento de frutas de su vecino mercado de abastos, en cuyo perímetro se encuentra una sencilla hornacina dedicada a San Antonio y donde en los últimos años se amplió una pequeña puerta de servicio por un llamativo portón presidido por una imagen de Santa Clara y adornado con el sempiterno escudo de la familia fundadora.

De la obra original de todo el conjunto, con sus decoraciones y estructuras barrocas, “churriguerescos altares” según descripción del erudito Rodrigo Amador de los Ríos, nada ha llegado hasta nosotros, pues todo el conjunto fue totalmente arrasado en los aciagos años de la guerra civil (1936-1939), la iglesia convertida en almacén de la C.N.T. y el convento en cuartel, desapareciendo además todo el rico ajuar religioso y patrimonio artístico que atesoraba entre los que cabe recordar el soberbio retablo del Altar Mayor realizado en 1754 por el maestro tallista murciano Jerónimo Martínez, según nos informa A. Marín Cano, o la imagen de la Virgen de los Dolores de Roque López. De todo este patrimonio se salvó milagrosamente una imagen devocional del Niño Jesús, el conocido como “Niño de la Bola”, única imagen en Cieza catalogada como de Salzillo y que todavía se custodia en el convento.

Restaurado, o mejor reconstruido a partir de los años cuarenta del pasado siglo XX, el convento de las Claras sigue persistiendo en nuestros días como un oasis de paz en el centro de la vorágine urbana que lo rodea.

*Antonio Ballesteros Baldrich*

#### BIBLIOGRAFÍA

- AMADOR DE LOS RÍOS, R.: Murcia y Albacete. España, sus monumentos y arte, su naturaleza e historia. Barcelona, 1889.
- CAPDEVILA MARÍN, R. M.: Historia de la Muy Noble y Muy Leal villa, hoy Excelentísima Ciudad de Cieza. Tomo II. Murcia, 1928.
- CARRASCO CAMPUZANO, M. J.: Esplendor artístico. Renacimiento y Barroco en Cieza. Historia de Cieza, Volumen III. Murcia, 2004.
- MARÍN CANO, A.: Muerte, Beneficencia, Religiosidad y Cofradías. La Cofradía de Animas de Cieza (1574-1997). Cieza, 2008.
- ROSA GONZÁLEZ, M. de la: El Monasterio de la Inmaculada Concepción de Cieza. Cieza, 1992.
- SALMERÓN, P.: La antigua Carteia o Carcesa, hoy Cieza, villa del Reyno de Murcia. Madrid, 1777.